

Ciencia y política en tiempos del covid-19

Ernesto Calvo, Paula Clerici y Sebastián Vallejo Vera*

RESUMEN: A partir de diciembre de 2019, la ciencia, la cultura y la política del mundo comenzaron a producir diariamente una masa de datos antes inimaginable para entender la naturaleza del covid-19 y sus efectos sobre nuestro *mundo-de-la-vida*. Estos esfuerzos colectivos representan un cambio en cantidad, pero también en sustancia, que han permitido que todos hayamos observado el shock producido por el covid-19 con una velocidad antes impensable, en forma global y local, social e individual, desde una variedad de datos clínicos, sociales, económicos y políticos. El objetivo de este artículo es entender la relación entre información y ciencia política en el contexto actual, describir las agendas generadas por la crisis del covid-19 y discutir el modo en que las demandas profesionales prometen acelerar nuevas formas de colaboración en ciencia política, la colaboración con otras disciplinas, así como las desigualdades que ello genera.

Palabras clave: covid-19, ciencia política, ciencia de datos.

Science and Politics in Times of Covid-19

ABSTRACT: Beginning in December 2019 and still ongoing, the world's science, culture, and politics began to produce previously unimaginable daily quantities of data to understand the nature of covid-19 and its effects on our lives. These collective efforts represent a change in the quality and quantity of what it is being produced and published. This allows us to observe the covid-19 shock based on a variety of clinical, social, and economic data published with unthinkable speed. The objective of this article is to understand the relationship between information and political science in the current context, describe the agendas generated by the covid-19 crisis, and discuss how professional demands promise to accelerate new forms of collaboration in political science, the collaboration with other disciplines, as well as the inequalities that this change generates.

Keywords: covid-19, political science, data science.

***Ernesto Calvo** es profesor de Gobierno y Política en la Universidad de Maryland. College Park, MD 20742, Maryland, Estados Unidos. Tel: (832) 276 7890. Correo-e: ecalvo@umd.edu. ORCID ID 0000-0001-5770-1391. **Paula Clerici** es profesora asociada en el Departamento de Ciencia Política y Estudios Internacionales de la Universidad Torcuato Di Tella e investigadora asistente del Conicet. Avenida Figueroa Alcorta 7350, Buenos Aires, Argentina. Tel: (5411) 5169 7000. Correo-e: paula.clerici@mail.utdt.edu. ORCID ID 0000-0002-8187-8143. **Sebastián Vallejo Vera** es profesor-investigador del Departamento de Ciencia Política y Relaciones Internacionales del Tecnológico de Monterrey, Región Ciudad de México. Av Carlos Lazo 100, Santa Fe, La Loma, Álvaro Obregón, 01389, Ciudad de México, México. Tel: (347) 597 2895. Correo-e: vallejo086@gmail.com. ORCID ID 0000-0002-5848-7400.

Artículo recibido el 1 de mayo de 2021 y aceptado para su publicación el 1 de junio de 2021.

INTRODUCCIÓN

Desde que recibimos la invitación a escribir este ensayo en diciembre de 2020 hasta su finalización, han transcurrido tan solo cinco meses. En ese periodo se han *subido* al repositorio de la CDC (Center for Disease Control) alrededor de 160 mil artículos, un repositorio creado para compilar todo aquello que es publicado sobre la pandemia. En estos cinco meses se ha prepublicado o publicado el doble de artículos que en todo 2020, lo cual nos hace anticipar que solo en 2021 podemos esperar más de 400 mil artículos relativos al covid-19. Es decir, más de mil artículos por día. Hasta el momento, alrededor de 6 800 artículos describen problemas básicos de ciencia política.¹ La mediana en esta base de datos es de tres autores por artículo, con un promedio de 3.9 autores por publicación y con uno por ciento de las publicaciones listando veinte o más autores. Estos números son bastante más elevados que lo observado tradicionalmente en las publicaciones de la disciplina.

La compilación de la CDC es vasta pero no completa. A modo de ejemplo, tan solo uno de los cuatro artículos publicados por nuestro laboratorio, el Interdisciplinary Laboratory of Computational Social Science (iLCS), se encuentra en este repositorio. Por lo tanto, se esperara que la producción de investigaciones sobre el tema sea considerablemente más alta y que crezca más que proporcionalmente en un futuro cercano, cuando muchos de los trabajos que ahora se encuentran en producción pasen a estar prepublicados o publicados. Es imposible discutir las agendas de investigación que surgen de la crisis covid-19 sin hablar de los cambios que hemos visto en el proceso de producción de conocimiento. La competencia por publicar en las principales revistas es feroz. En el marco de esta prolongada crisis, es imposible no preguntarse quién puede publicar y en qué condiciones.

La crisis sanitaria, económica y social que resultó de la expansión global del covid-19 tiene consecuencias relevantes para el ejercicio de nuestra profesión, la ciencia política. Estos cambios afectan tanto nuestra práctica profesional (investigación, docencia, servicio) como las agendas de investigación que son consideradas prioritarias y recibieron mayor apoyo financiero (los objetos de estudio). El presente artículo busca mostrar cómo durante la crisis se reforzaron los incentivos disciplinarios a prácticas profesionales y agendas de investigación que requieren una mayor colaboración académica, mayor trabajo interdisciplinario, así como la producción y publicación de artículos cuantitativos, cortos y orientados a revistas con alto factor de impacto [*impact factor*]. Esto también ha generado mayores desigualdades al interior de la disciplina en el acceso a recursos que son críticos para el desarrollo profesional de las carreras académicas.

¹Textos en <https://search.bvsalud.org/global-literature-on-novel-coronavirus-2019-ncov/> que incluyen en su título algunos de las siguientes *keywords*: k(“political science” OR política OR politics OR parties OR polarization OR “social media”).

En cuanto a la agenda, los esfuerzos para financiar investigación sobre covid-19 han sido el motor de este mayor trabajo interdisciplinario, cuantitativo, enfocado en el análisis experimental y cuasiexperimental, con mayor dependencia en la combinación de múltiples bases de datos. Los cambios ocurridos en nuestras prácticas profesionales y en las agendas de investigación son codependientes en la medida en que las nuevas agendas covid-19 son altamente compatibles con un tipo de práctica profesional que enfatiza productos discretos, colaborativos y de rápida publicación.

Al igual que en el resto de la sociedad, el efecto covid no sólo se mide en la pérdida física de muchos de nuestros colegas sino también en un aumento de las desigualdades en el acceso a recursos que son críticos para el ejercicio de la profesión. En las siguientes páginas, nos enfocamos primero en los cambios ocurridos en la profesión y sus efectos en el trabajo de las y los politólogos, cambios que acentuaron tendencias que precedieron a la crisis covid-19. Luego describimos como la crisis priorizó algunas de las agendas de investigación a costa de otras. Entre las investigaciones que ganaron más visibilidad destacan gran cantidad de trabajos que miden el efecto de las restricciones sanitarias sobre el distanciamiento social, las nuevas formas de desinformación y transmisión de contenidos relativos al covid, las diferencias en capacidad estatal para administrar las consecuencias sanitarias y sociales de la crisis, así como los proyectos enfocados a explicar los vínculos entre riesgo sanitario, polarización e instituciones políticas. Demandas profesionales y agendas de investigación son en parte una respuesta a los requerimientos de las instituciones nacionales de investigación, universidades y centros de investigación, quienes demandan que publiquemos rápidamente investigaciones que puedan informar la política pública en tiempos de crisis.

UN PLAN MARSHALL PARA LAS CIENCIAS Y LA CIENCIA POLÍTICA

El sentido de autoimportancia que tenemos los académicos hace que a menudo describamos todo aquello que estudiamos (o que nos ocurre) como un *evento crítico*. Es decir, como un cambio dramático en nuestra interpretación del mundo, un partaguas en la historia, un cambio radical que solo puede tener un *antes* y un *después*. Para muchos politólogos, la *representación* democrática está siempre en declive; la *democracia* está en crisis permanente; el colapso del *capitalismo* es inevitable en solo unos años; y la elección de tal o cual político de turno representa un nuevo ciclo para el sistema político de nuestro país. Como regla general, debemos ser reticentes a la noción de este “evento crítico” que distingue un *antes* y un *después*, sabiendo que esta es una impresión errónea de la importancia que tiene la gran mayoría de los acontecimientos que estudiamos, resultado de cómo magnificamos variaciones modestas cuando observamos procesos sociales con extremado detenimiento.

En el largo plazo, las rupturas que hoy percibimos como fundamentales serán probablemente pequeñas muescas en la historia. Casi sin excepción, esto es el re-

sultado de una atención excesiva a lo que observamos en el corto plazo o, en el peor de los casos, de exageraciones y veleidades de los propios investigadores. Después de algunos años, el fenómeno en cuestión no es reconocido como un *antes* y un *después* por nuestros colegas, amigos y familiares, quienes a lo sumo pueden benévola-mente darnos la razón como forma de apaciguar nuestro narcisismo.

El problema es uno de encuadre [*framing*] que afecta al trabajo académico de quienes observamos la realidad política y social. La impronta del “hoy” está conformada por miles de eventos que se autorrefuerzan y, con ello, validan nuestras creencias actuales. Así como la repetición de un encuadre político aumenta su visibilidad e importancia entre los votantes (Iyengar y Kinder, 2010; Petrocik, 1996), la repetición del “hoy académico” aumenta la importancia y visibilidad que los investigadores le damos a una crisis como el covid-19. Esto es el resultado de vivir intensamente el “hoy” y no así el “ayer”. La realidad cotidiana nos preactiva [*priming*], haciéndonos creer que shocks contingentes tienen un horizonte considerablemente más largo y que las diferencias con el pasado son numerosas y dramáticas.

El “hoy” hace *disponible* y *consistente* (Kahneman, 2013) toda la información que acompaña a la investigación académica en sus distintas dimensiones, reforzando nociones que son compatibles entre sí y que dan la apariencia de aquello que identificamos como distintivo.

Existen buenos motivos para este sesgo por lo contemporáneo: en cada momento de nuestra vida nada nos afecta tanto como lo que es temporalmente inmediato. Esto es también cierto para el trabajo académico. Lo que me ocurre en este instante es órdenes de magnitud más importante para sobrevivir un día más que lo que nos ocurrió ayer, anteayer o hace tres días. La expresión en inglés “esto también va a pasar” [*this too shall pass*] es una reflexión sobre nuestra capacidad cognitiva de enfocarnos en lo que tiene lugar hoy y, al mismo tiempo, una forma de apaciguarnos sabiendo que en el pasado sobrevivimos crisis igualmente serias. Sobrevivir en un trabajo académico un día más también está influido desproporcionadamente por lo que investigamos, publicamos y enseñamos hoy.

En nuestro trabajo profesional, “*covid shall pass too*”. Vale la pena, por lo tanto, preguntarnos qué es lo que va a quedar luego de la crisis covid-19, cuando miremos todo esto desde el futuro y tengamos que evaluar qué cosas estaban ya en la cocina de la profesión y cuáles fueron realmente puestas sobre el comal por la pandemia. Los tiempos del covid-19 no necesariamente son excepcionales. Muchas cosas cambiaron a partir del covid-19, por supuesto, y para muchos de nosotros estos son y serán tiempos traumáticos. Pero lo que en nuestra disciplina va a perdurar, o al menos lo que creemos que va a perdurar, es un cambio que se ha ido gestando a lo largo de años y que simplemente se tornó más visible a partir de la crisis. Lo que cambió en la disciplina no es nuevo, pero está *disponible* en nuestra interpretación del mundo hoy, en parte, gracias al covid-19.

En ciencia política, el covid-19 aceleró prácticas profesionales colaborativas que modifican significativamente nuestras agendas de investigación futura y nuestro presente profesional. Estos cambios ya en el pasado condicionaron nuestra práctica profesional, desde los sueldos que percibimos hasta los espacios en los cuales aspiramos a publicar.²

La amplificación de los cambios ocurridos en nuestra práctica profesional se vio acentuada por una mayor interacción con otras disciplinas, una interacción que facilitó la producción de artículos sobre el covid-19. La crisis covid ha sido un catalizador científico-tecnológico que ha puesto a todas las disciplinas a trabajar, al mismo tiempo, en un solo problema. Las consecuencias que tiene esto para nuestro trabajo académico son notables y merecen ser destacadas. Lo que aprendimos durante la crisis y las nuevas formas de colaboración que hemos desarrollado prometen sernos de utilidad en el largo plazo y definir muchas de nuestras agendas.

Esta mayor colaboración académica es la respuesta a la necesidad de acelerar los tiempos de producción científica, con un consiguiente aumento de la división del trabajo profesional. Las nuevas formas de colaboración científica son equivalentes a una inyección de recursos económicos que incrementa los retornos a la investigación y se pueden definir como un “Plan Marshall” de las ciencias sociales. Un Plan Marshall que no está financiado solamente con mayor disponibilidad de recursos, que la hay, sino, primariamente, con un cambio radical en nuestras formas de colaboración académica.³

Muchos dirán que los cambios que discutimos a continuación habrían tenido lugar de cualquier modo y que el covid-19 simplemente aceleró aquello que era *inevitable*. En efecto, es muy probable que la pandemia no haya *creado* un nuevo escenario intelectual, sino que simplemente puso en marcha lo que ya había madurado y hubiera sido activado en un futuro próximo. En las siguientes dos secciones discutimos las nuevas oportunidades científicas creadas por la pandemia, así como las desigualdades aparecidas en nuestra disciplina como consecuencia del (des) aprovechamiento de las mismas. En la quinta sección discutimos cómo las agendas clásicas de la ciencia política se pueden ajustar a este nuevo contexto informativo (y

² La importancia que le damos al covid-19 no se debe a su estatus como una tragedia de proporciones mundiales, que lo es, ni tampoco por su impacto en la economía y en nuestro mundo-de-la-vida, lo cual también es cierto. La pandemia en 1918 fue una tragedia global que siguió a una guerra aún más devastadora y, sin embargo, es una nota a pie de página en la mayoría de los libros de historia del siglo xx. La Primera Guerra Mundial fue una crisis de proporciones inimaginables que, por otro lado, aceleró el desarrollo científico y tecnológico, desde la aeronáutica hasta la biología, con el afán de aumentar el número de bombas y armas químicas que cada ejército arrojó contra las poblaciones consideradas enemigas. La pandemia de 1918, en cambio, tuvo un limitado legado científico-tecnológico. Para las ciencias sociales, en cambio, el covid-19 representa un cambio significativo cuyo alcance es mayor que el de la pandemia de 1918.

³ Respecto a la relación de sustitución entre colaboración académica y recursos económicos, véase Alcañiz (2016).

colaborativo). En la sexta sección discutimos qué hemos aprendido de la crisis hasta el momento en nuestro entendimiento de la ciencia política y concluimos con una discusión de las agendas que nos resultan, personalmente, más interesantes.

COLABORACIÓN, INFORMACIÓN, DIVISIÓN DEL TRABAJO Y TIEMPOS DE PUBLICACIÓN

Las ciencias sociales hoy se enfrentan a lo que en la biología se denomina “presión evolutiva” (*evolutionary pressure*). Hace tres décadas, la mayoría de los académicos en ciencia política: *a)* escribían y publicaban artículos de su exclusiva autoría o, en pocos casos, que coautoreaban con un o una colega; *b)* utilizaban datos que las o los investigadores recolectaban, procesaban y analizaban para un número limitado de proyectos; *c)* controlaban la totalidad del proceso productivo, desde la búsqueda de fuentes hasta la escritura del texto, y *f)* se enfocaban en proyectos cuyos tiempos de publicación eran largos, como por ejemplo libros, artículos de 10 mil o más palabras y tesis doctorales con un solo tema de investigación (prelibro). En las ciencias sociales, y por ende en la ciencia política, la comunidad académica era pequeña, su organización era jerárquica y fragmentada en escuelas que competían entre sí de acuerdo con visiones del mundo o perspectivas, con un sistema de mentores académicos casi exclusivamente masculinos dominado por una relación paternalista centrada en *el* individuo o grupo limitado de individuos que servían como mentores.

En los últimos veinte años hemos visto cambios dramáticos en la estructura del trabajo científico en las ciencias sociales. En comparación con los periodos precedentes: *a)* los artículos tienen cada vez un mayor número de coautores y estos coautores provienen de mayor cantidad de disciplinas (Henriksen, 2018; McDermott y Hatemi, 2010); *b)* existe mayor cantidad de esfuerzos colaborativos⁴ para producir bases de datos, interfaces y software especializados, independientemente de un proyecto, libro o artículo, para ser reutilizados por distintos grupos de investigación; *c)* el proceso de producción académico descansa crecientemente en una división del trabajo que aumenta la productividad cuando distintos miembros de un equipo tienen distintas capacidades (*skills*) y cuando estas capacidades son compatibles tecnológicamente (Alcañiz, 2016); en tanto que *d)* *publish or perish* es una demanda creciente que reduce la extensión de los artículos, transformando proyectos de libro en artículos y borradores de artículos, en notas de investigación. La mayoría de las revistas académicas con mayor factor de impacto han incorporado secciones para

⁴ Esto incluye la proliferación de esfuerzos colectivos para buscar y crear datos (*i.e.* the Manifesto Project, V-Dem, CSES, por mencionar algunos de los ejemplos más citados), esfuerzos para crear y mantener software (Nominat, iGraph, Zellig, MCMCpack, para nombrar algunos de los más utilizados). En muchos casos, estos esfuerzos comenzaron como proyectos individuales y fueron luego capturados institucionalmente. Sin embargo, con mayor frecuencia estos proyectos están siendo creados como consorcios de académicos en múltiples instituciones.

publicar notas cortas, y cada vez son más numerosos los artículos de ciencia política en revistas como *Nature* o *Science*, las cuales tienen un formato de menos de 4000 palabras que son acompañadas por extensos documentos adicionales (online Supplemental Information File o SIF). Hoy son frecuentes las tesis doctorales de menos de 200 páginas, algo impensable hace tres décadas, así como también las tesis de *tres artículos* para doctorandos cuyo trabajo es cuantitativo y formal.

Consistente con estas nuevas modalidades de investigación, las burocracias de las universidades de todo el mundo, incluidas las burocracias de las principales instituciones académicas de América Latina, demandan más cantidad de artículos y citas, lo cual requiere que los investigadores inviertan tiempo, esfuerzo y equipo en proyectos orientados a productos definidos previamente (*pre-analysis plan* o PAP), acotados en su objeto de estudio, cortos en extensión y con alto impacto en la disciplina. Desde México hasta Chile, las universidades y las agencias nacionales de ciencia de toda América Latina premian a sus investigadores cuando publican en revistas internacionales, indexadas, con alto *impact factor*. A su vez, penalizan a quienes no logran hacerlo. El resultado es una ciencia política a la americana, “*no country for old people*”. En Estados Unidos, el futuro de todo programa académico descansa en sus profesores asistentes y adjuntos, en tanto que la senioridad está asociada con declives en productividad y con mayor dedicación al servicio profesional.

Nada expresa mejor la presión evolutiva de estos distintos incentivos que la explosión de nuevos artículos relativos al covid-19. En estos dieciocho meses hemos visto un incremento dramático en la productividad profesional, a pesar de los costos familiares que resultan de administrar una crisis global que aumenta las demandas vitales sobre los investigadores. La crisis ha segmentado el mercado académico, imponiendo costos a todos los investigadores que tienen niños y niñas en edad escolar, a los investigadores con pocos coautores y a quienes se especializan en trabajo cualitativo. Mientras tanto, la productividad ha aumentado para todos aquellos que tienen una situación familiar menos demandante, muchos coautores y mayor formación cuantitativa. Para estos últimos, la pandemia ha cimentado una dinámica distinta de trabajo que es compatible con el tipo de artículos requerido hoy por las revistas académicas para hacer frente a la pandemia. En efecto, el covid-19 ha fracturado a la comunidad científica. Las agencias nacionales de ciencia de toda América Latina y las universidades de la región incentivan a los colegas para que tomen ventaja de la masa de datos generados por actores privados, agencias estatales y equipos académicos. Les exigen más artículos, más colaboración, más datos, menos palabras y que sean producidos y publicados en un tiempo relativamente corto.

Esa es la situación de nuestro propio laboratorio, el ILCSS, el cual ha estado trabajando a destajo para proveer de datos y análisis a nuestros colegas de la región. Durante el covid-19, nuestros esfuerzos de recolección de datos se vieron redoblados y la colaboración con académicos de toda América Latina creció exponencialmente.

Nuestro día laboral comienza hoy conectando nuestros servidores a una variedad de APIs que nos permiten bajar datos para colegas de Argentina, Brasil, México, Estados Unidos y Uruguay, entre otros, coordinando encuestas con organismos públicos y privados, escribiendo artículos que eviten que se desactualicen los materiales recopilados, y combinando tiempo de procesamiento estadístico con el diseño de encuestas para ser enviadas en línea. El año pasado nuestro laboratorio procesó millones de noticias de toda América Latina, miles de millones de tuits, múltiples encuestas y colaboró con instituciones académicas de una docena de países. La vida académica guarda poco en común con el trabajo en las “torres de marfil” de hace treinta años. Y esto es solo el comienzo.

DESIGUALDADES

Otra forma de interpretar la hiperactividad del iLCS el año pasado es como expresión de una agudización radical de las desigualdades al interior de nuestras comunidades científicas. La crisis del covid-19 integró a una parte de la comunidad de las ciencias sociales al universo de las otras disciplinas, desde la computación hasta la salud pública, y dejó a la deriva a las y los investigadores que no disponen de los recursos económicos, las redes de colaboración o las condiciones laborales para continuar su actividad productiva. Las agencias de investigación nacionales y las universidades de los distintos países, al invertir recursos en un subconjunto de problemas académicos y al demandar un número limitado de productos, han forzado a que cambios graduales con los que nuestras disciplinas han estado lidiando durante veinte años se vuelvan inmediatamente relevantes. Efectivamente, desde hace dos décadas vemos una expansión y segmentación del trabajo intelectual, donde las demandas de las autoridades científicas y académicas premian a nuevas formas de producción (colaboración, productos discretos, muchas citas y muchas publicaciones) que son consistentes con la transformación de las ciencias sociales en línea con las ciencias exactas y naturales. La crisis del covid reforzó estas tendencias y mandó señales dramáticas de “presión evolutiva” que requieren la formación de recursos humanos que hoy en día son escasos en toda la región.

Los dieciocho meses de covid son una versión condensada y distorsionada de los incentivos profesionales que definen la trayectoria de nuestra disciplina desde principios de este siglo. Hoy tenemos muchísimos más datos que los recursos humanos que son necesarios para procesarlos y extraer productos académicos. El iLCS, como tantos otros grupos de colegas recolectando datos primarios, está sentado sobre millones de observaciones en cientos de bases de datos que todos los días ofrecemos a nuestros colegas pero que siguen sin ser utilizadas, desactualizándose en nuestros servidores. Para nuestro propio consumo utilizamos una fracción de estos materiales. Sin embargo, son contadas las ocasiones en las cuales recibimos un pedido de datos, los cuales gustosamente compartimos.

Las desigualdades profesionales se vuelven más notorias porque pocos países de nuestra región y pocas instituciones académicas invirtieron en estos veinte años el capital para formar recursos humanos que sean consistentes con las nuevas demandas. Desde el Consejo Nacional de Ciencia y Tecnología (Conacyt) en México hasta el Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas de Argentina (Conicet), las demandas para ser promocionado en la carrera de investigador se han desalineado de la inversión en formación profesional. Se exige hoy un *curriculum vitae* que reproduzca las demandas de las ciencias exactas y naturales (gran cantidad de data, modelos estadísticos cada vez más sofisticados, programación, muchos artículos en revistas de alto impacto) mientras se espera que el cambio en recursos humanos tenga lugar orgánicamente por remplazo de investigadores de mayor antigüedad con investigadores jóvenes más cuantitativos. Sin embargo, al carecer de antigüedad, los nuevos investigadores no están a cargo de la formación de las nuevas generaciones ni tienen a su disposición los recursos para este cambio.

Hoy, un imperativo para toda investigadora o investigador es saber moverse en el territorio virtual de las redes sociales para promocionar sus publicaciones; amplificar el número de citas; tener páginas web, Twitter, LinkedIn; programar para recolectar datos propios; escribir artículos colaborativos en tiempo real; compartir código, bases de datos, visualizaciones; participar de redes temáticas y entender las reglas de *submission, revision y publication* que aumentan la probabilidad de que un trabajo de investigación se publique en las revistas de primera fila. Las burocracias académicas esperan que todo esto se realice sin invertir recursos para el desarrollo profesional de sus investigadores y sin contabilizar este tiempo de dedicación como “servicio” profesional. El covid-19 expuso la brecha enorme entre lo que demandan las autoridades académicas y la inversión que están dispuestas a realizar para obtener estos resultados. La masa de datos que no utilizamos y las teorías que no escribimos son inversamente proporcionales a los incentivos que existen hoy para formar recursos humanos con las capacidades técnicas requeridas.

El resultado de este proceso es una creciente brecha entre la producción y el consumo de datos [*data consumption gap*]. Es decir, una distancia creciente entre la creación y el uso de datos, entre el sector público y privado que pone a disposición nueva información y la falta de recursos humanos que son necesarios para utilizar estos datos. Además, estas agencias de investigación estatales y las autoridades universitarias exigen que sus investigadores realicen tareas de divulgación de la ciencia y actividades de transferencia, es decir, de “extensión” de los hallazgos a la sociedad. Participación en medios de comunicación con columnas de opinión y notas, producción de contenidos para las redes sociales, charlas, presencia en eventos institucionales. Tareas que requieren no solo trabajo sino también una distinta lógica de producción de conocimiento con la consiguiente preparación de materiales

específicos. Estos materiales requieren un esfuerzo adicional de “traducción” del lenguaje académico al registro de divulgación y la producción de resultados y visualizaciones que los vuelvan interpretables por aquellos ciudadanos interesados que no tienen la formación técnica.

Estas actividades, si bien cada vez más forman parte del *job description* de la academia, no son igualmente valoradas y calificadas por las instituciones empleadoras. Se señala su falta cuando estas actividades no están en el CV, pero lo que se evalúa para pasar de escalones en la carrera son, en última instancia, las publicaciones. La pandemia del covid-19 profundizó ese “imperativo” de estar en los medios, de producir rápidamente y publicar en revistas con alto factor de impacto. Pero los incentivos profesionales, monetarios y de reputación están desalineados con la formación que se requiere.

Los motivos para la mayor presión durante el covid son variados: *a)* las instituciones tienen que mostrar que hay actividad, que estar en casa no significa vacaciones, *b)* debido al tiempo ganado por no trasladarnos a reuniones, dictar clases o realizar trabajo de campo, supuestamente tenemos más tiempo para organizar y participar en eventos virtuales, *c)* hay que reflexionar teóricamente y analizar la evidencia empírica de lo que ocurre con nuestra disciplina y nuestros objetos-sujetos de estudio, y lo que nos pasa en el mundo-de-la-vida personal y profesional (como este artículo que estamos escribiendo). En este campo, también, las desigualdades se agrandan entre quienes pueden estar presentes en los medios y eventos institucionales sin dejar de publicar y quienes deben elegir entre una u otra de estas actividades, porque las tareas de la vida cotidiana no esperan: limpieza, cocina, compras, cuidado de niños y niñas, apoyo escolar, padres y madres a quienes atender porque son “población de riesgo” o porque tienen requerimientos especiales de cuidado. En síntesis, sostenimiento material, físico y emocional del círculo familiar. Esta brecha es aún mayor entre colegas hombres y mujeres, dado que sobre estas últimas recaen mayormente, o en su totalidad, estas tareas.

En resumen, vivimos hoy en un mundo profesional en el que las autoridades académicas ponen cada vez más “campos” a llenar en sus formularios que solo expresan los deseos de los administradores respecto de lo que se espera de un investigador, sin que estos pedidos guarden relación con lo que se invierte en formar recursos humanos o en financiar sus investigaciones. El número de “líneas” por llenar en estos formularios representa la distancia aspiracional entre lo que las agencias quieren que sus investigadores hagan y lo que estos están efectivamente entrenados y financiados para hacer.

LO PERSONAL Y LO PROFESIONAL SON AGENDA DE INVESTIGACIÓN

Otra interpretación de las actuales demandas científicas y técnicas es que hoy, para la gran mayoría de los proyectos sustantivamente relevantes, existen demandas

profesionales que requieren respuestas colectivas. Colaboración, capitalización técnica, división del trabajo y actualización profesional son clave para el desarrollo profesional en ciencias sociales, y esto no tiene, todavía, un lugar estratégico en los programas de nuestras universidades. Por lo tanto, aquellos que disponen de equipos y recursos técnicos para cubrir estas demandas, tienen ventajas que no están disponibles para la mayoría de los investigadores.

El covid-19 es una crisis dramática, veloz, para la cual se necesitan respuestas rápidas y cuya primera línea de defensa son las ciencias sociales. Para investigar sus consecuencias, se necesita capital técnico y equipos que ya estén formados para procesar datos y producir resultados en el corto plazo. Por lo tanto, la crisis ha expuesto la brecha que existe entre aspiraciones académicas e inversión académica. En pocos lugares es tan evidente esta brecha como en América Latina.

Durante dieciocho meses, la principal política pública para minimizar los costos sociales del covid dependió de investigación básica en ciencia política, sociología y economía, dado que las respuestas sanitarias ante la crisis descansaban críticamente en entender el comportamiento de los individuos (y de los votantes). Para este ejercicio, nuestras instituciones académicas estaban poco preparadas. La ciencia política fue encomendada para entender el efecto de políticas como un mayor distanciamiento social, proponer políticas para reducir la circulación de los ciudadanos en espacios públicos, explicar el efecto de migrar parte del trabajo para ser realizado en forma remota, describir las consecuencias de una división inequitativa del trabajo al interior del hogar, evaluar los efectos de la crisis sobre la educación, la no presencialidad en las escuelas, entender los efectos en el empleo remoto y en el desempleo, por nombrar un pequeño número de problemas frecuentemente citados en los medios. La demanda desde la sociedad no fue “por favor dedique los próximos cinco años de su vida a estudiar la crisis del covid-19 y díganos que fue lo que pasó”. El pedido fue inmediato y urgente, priorizando agendas de investigación que pueden producir resultados rápidos, datos y análisis que son altamente específicos, y teorías concluyentes que puedan informar decisiones en materia de salud pública.

El mundo social y la política son determinantes para entender el curso epidemiológico del covid-19, su incidencia económica, sus costos sobre la salud física y mental de los individuos, sus efectos sobre la estabilidad de nuestras instituciones democráticas. Este tipo de demandas también exigió una colaboración más cercana con epidemiólogos, funcionarios del área de salud pública, compañías privadas. En tan solo unos meses, empresas privadas, gobiernos e instituciones académicas comenzaron a producir miles de bases de datos que pusieron a disposición para dar respuestas a problemas políticos y sociales urgentes. Los investigadores del ILCSS hemos usado solo una fracción de nuestros propios datos, por lo que no se requiere demasiada imaginación para saber que la mayor parte de los datos producidos por el sector público, privado y de organizaciones sociales no han sido utilizados. El nú-

mero de investigadores que tienen los recursos técnicos y profesionales para tomar ventaja del universo de datos creados durante la crisis covid es extraordinariamente pequeño en nuestra región, lo que muestra nuevamente la brecha entre lo que debemos hacer y lo que estamos preparados para hacer.

Los epidemiólogos tenían el capital técnico para correr la data, pero no la formación para analizar el comportamiento de los actores sociales. Los investigadores de las ciencias sociales han trabajado durante décadas para modelar el comportamiento de los actores sociales, pero con frecuencia carecen del capital técnico para utilizar datos cuantitativos. Aun cuando se pensaría que sumar el capital técnico de los epidemiólogos y la formación teórica de las ciencias sociales complementa y subsana las falencias de cada grupo, se necesita también un lenguaje común para llevar proyectos a buen término. La colaboración solo existe si las distintas disciplinas pueden hablar un mismo lenguaje y formular las preguntas requeridas. Luego de años de trabajo en áreas técnicas de la ciencia política, nos sigue sorprendiendo lo difícil que puede ser este ejercicio de traducción, no solo con otras disciplinas, sino también con otros investigadores de nuestra propia disciplina con distintas tradiciones metodológicas.

Gran parte de los desafíos que enfrentamos estos meses son políticos y sociales: la imposición del distanciamiento social, el efecto negativo de la polarización sobre la aceptación de mandatos públicos, la amplificación de noticias falsas, los efectos de mayor regulación e inversión estatal, subir o bajar impuestos, restringir libertades, asignar presupuestos, sancionar leyes en un Congreso digital, entender los efectos políticos de cerrar o abrir fronteras, negociar la provisión de vacunas y comunicar al público la geopolítica de dicha provisión, entender la confianza o desconfianza en las vacunas, así como la reticencia de una parte de los ciudadanos a utilizarlas [*vaccine hesitancy*].

Para entender los efectos sociales, económicos y emocionales de la pandemia, debemos entender las preferencias de los individuos, las redes personales y familiares, los shocks económicos sobre individuos en distintos sectores de la economía, el efecto del empleo remoto sobre la subjetividad, los patrones de consumo e inversión de una economía crecientemente digitalizada, el abuso de sustancias nocivas y su acceso ante restricciones de movilidad, la violencia contra las mujeres en cuarentena, el acceso a los medios de comunicación en microcomunidades interconectadas, el efecto de la descoordinación de distintos niveles de la administración pública sobre la progresión de la pandemia, el efecto de las prioridades políticas de la pandemia sobre los partidos, el oficialismo, la oposición, por mencionar algunos de los temas más frecuentes en la discusión pública.

Los profesionales de las ciencias duras evidenciaron la necesidad de trabajar interdisciplinariamente con colegas de las ciencias sociales, quienes entendemos estos fenómenos. Los organismos internacionales, el sector privado, las agencias de

ciencia y tecnología de diversos países, las universidades y centros de pensamiento, un importante número de instituciones, abrieron llamados para financiar equipos con líneas de investigación que tenían agendas detalladas para lidiar con la pandemia y sus efectos sobre las personas, los hogares, la economía y las relaciones sociales. Las revistas y *journals* de todo el mundo abrieron convocatorias para “números especiales”, acelerando la evaluación y publicación de todo análisis que tuviera nuevos datos y nuevos resultados sobre el covid-19, asegurando tiempos de evaluación, edición y publicación nunca vistos. Podemos decir que la urgencia del tema a nivel planetario no permite que se realice investigación en los tiempos *normales* de la producción científica, incluyendo la investigación y ensayos clínicos sobre las vacunas. Lo cierto es que para las ciencias sociales el resultado no solo da cuenta de la urgencia de la pandemia. Estos mismos incentivos han moldeado las desigualdades en nuestras prácticas académicas en las últimas dos décadas.

No hay duda de que la reputación de la ciencia política como disciplina aumentó en este contexto, como lo demuestra la creciente publicación de artículos de nuestra disciplina en las revistas de la primera fila científica mundial, como *Nature* o *Science*. Las y los politólogos han visto también crecer su reputación científica entre colegas que anteriormente miraron a las ciencias sociales como un ejercicio estético antes que científico. Hoy la ciencia política mantiene estándares de investigación, evaluación y publicación que están en línea con las ciencias “duras”, trabajando integradamente con colegas de otras áreas, usando las mismas herramientas de programación incluso para las tareas más sencillas, con disponibilidad de evidencia empírica cada vez mayor y en tiempo real al alcance de la mano, con posibilidad de realizar experimentos en dos “clics” y aplicando métodos de contrastación de hipótesis cada vez más complejos —si bien no es menos cierto que este *catch up* lo pueden realizar solamente algunos países, universidades e investigadores—. En una cena con físicos, químicos y matemáticos, un politólogo puede sentirse como en casa al comparar su código en Python o R y al discutir sus estrategias de estimación. Sin embargo, los nuevos recursos y el nuevo estatus también describen desigualdades enormes en la disciplina que necesitan ser subsanados.

AGENDAS: EFECTOS DIRECTOS E INDIRECTOS DEL COVID-19

Los artículos depositados en el repositorio de la CDC son un buen ejemplo de la extraordinaria diversidad de perspectivas para analizar el covid-19. Cada una de las áreas de investigación en ciencias sociales tienen hoy en día su correlato postcovid, dado que no existen muchas áreas del acontecer social que no hayan sido afectadas por la actual crisis. Por consiguiente, el número de temas de investigación es tan vasto como el rango de investigaciones que precedieron a la crisis. Preguntar sobre qué temas son críticos para entender la actual crisis sanitaria, social, política y económica del covid es indistinguible de preguntar cuáles son los temas sobre los cua-

les versan las ciencias sociales. Por supuesto, no todo acontecimiento social que es mediado por covid-19 es relevante. Vale la pena, por lo tanto, discutir dónde es posible realizar contribuciones que son más importantes para la actual coyuntura y qué contribuciones tendrán más importancia en el futuro.

El covid-19 como variable independiente

Podemos distinguir las actuales agendas covid-19 en dos grandes familias que dan cuenta de: *a)* la sensibilidad de nuestras teorías ante el shock producido por la pandemia (cómo afecta la crisis a la política existente); y *b)* las consecuencias epidemiológicas, sociales y políticas que se derivan estrictamente de la emergencia de esta crisis (qué agendas no son política ordinaria y describen fenómenos estrictamente relativos al covid-19). En el primer caso, el problema es cómo el covid-19 cambia la trayectoria de nuestros objetos de estudio. Por ejemplo, el efecto de la pandemia sobre la polarización política o la confianza en las instituciones entiende al covid-19 como un shock que produce algún tipo de ajuste que podemos medir. En el segundo caso, la agenda de investigación no existiría si no estuviéramos enfrentando una pandemia. Por ejemplo, qué determina la variación que observamos en el uso de máscaras o en el distanciamiento social.

Para poder estructurar la discusión sobre las nuevas agendas postcovid, pensemos el primer problema desde un punto de vista estrictamente metodológico, midiendo las consecuencias de la pandemia en nuestras teorías actuales como un problema de identificación. En términos generales, esto significa pensar la epidemia como un modelo de *difference-in-difference* en el cual una parte del mundo es sometido al shock covid-19 en tanto que otra parte del mundo no lo es.

Podemos ejemplificar esta familia de proyectos de investigación con un estudio sobre confianza que estamos completando en este momento con colegas de la Universidad de Maryland (UMD), la Universidad Torcuato di Tella (UTDT) y el Banco Interamericano de Desarrollo (BID). En noviembre de 2019, el BID contrató un panel para entender cómo aumenta o disminuye la confianza en las instituciones políticas de Argentina y Uruguay durante el primer año de gobierno, luego de la elección de noviembre de 2019. Para ello, Alejandro Bonvecchi y Carlos Scartascini diseñaron una primera ola del panel con instrumentos que preguntaban a los encuestados sobre sus preferencias políticas, su confianza en distintas instituciones de gobierno y en su comunidad. La encuesta contenía también datos sociodemográficos y una batería de controles habituales, capturando las preferencias de los votantes argentinos y uruguayos un mes antes del inicio de la pandemia y solo unos días después de la elección.

A partir de la crisis covid-19, Alejandro Bonvecchi, Ernesto Calvo, Susana Otalvaro Ramírez y Carlos Scartascini ajustaron la segunda ola del panel y, a finales de 2020, realizaron una segunda ola de la encuesta que incluía a los mismos encuestados,

además de un panel de refresco, para remplazar el desgaste (*attrition*). En este segundo cuestionario, se incorporaron algunas preguntas para medir el efecto covid-19, incluida la pregunta de si el encuestado o miembros de su familia se enfermaron con el virus. Esta segunda ola, por lo tanto, permite medir si haber sido personalmente afectado por el covid-19 aumenta o disminuye una cantidad de variables que fueron medidas en ambas olas, tales como la confianza del encuestado *i* en el presidente o en las instituciones de gobierno. En la medida en que existía una encuesta previa, y en virtud de que el shock del covid-19 en la primera ola de la encuesta no puede ser anticipado, es posible identificar con claridad si el tener covid-19 disminuyó el nivel de confianza en el ejecutivo comparado con otros individuos que también fueron afectados por la pandemia, pero no se enfermaron.

En el particular caso de este estudio, nuestros resultados muestran que, tanto en Argentina como en Uruguay, el haberse enfermado de covid-19 no modificó sustantivamente la confianza en el presidente o en las instituciones de gobierno. Existe un aumento general en el nivel de confianza en Uruguay entre la primera y la segunda ola. Existe, por su parte, una caída en la confianza entre la primera y la segunda ola en Argentina. Sin embargo, podemos afirmar con relativa certeza que el haber tenido la enfermedad o que nuestros familiares la hayan tenido no hace que nuestras percepciones de confianza en las instituciones sean distintas a las de nuestros conciudadanos.

Este es solo un ejemplo de los cientos de artículos en ciencia política que utilizan al covid-19 como variable independiente o una “intervención” aleatoria que es explotada para entender el efecto del shock epidemiológico en las agendas ya existentes de nuestra disciplina; por ejemplo, entender cómo el covid-19 y su gestión afectan la polarización, la identificación partidaria, la intención de voto y un vasto universo de problemas que estábamos ya investigando antes de la crisis. Por mencionar otros, Groeniger *et al.* (2021) encuentran que la cuarentena estricta (*lockdown*) en los Países Bajos aumentó la confianza en el gobierno. Algo similar señalan Bol *et al.* (2021), pues para Europa Occidental aumentó la intención de voto por los oficialismos. Por su parte, algunos estudios encuentran que el miedo a contraer covid-19 resultó en una baja en la participación electoral (*turnout*), por ejemplo, en las elecciones presidenciales de Malawi (Chirwa *et al.*, 2021) y en las municipales de España (Fernandez-Navia *et al.*, 2021). Además, este último trabajo muestra que aumentó la intención de voto por partidos nacionalistas.

Colegas que trabajan política subnacional han estudiado la eficacia de los cierres de lugares de trabajo para reducir la movilidad de la población. Los hallazgos de Testa *et al.* (2021) señalan que se reduce la movilidad conforme aumentan los niveles de desarrollo socioeconómico de la región, los paquetes de estímulo económico y otras políticas que mitigan las cargas financieras de la pandemia. Sin duda estos son elementos que ayudan a disminuir los costos de permanecer en casa.

Trabajos sobre violencia de género han destacado que esta aumentó en el hogar durante las medidas de restricción por la epidemia, evidencia que se encuentra en estudios que miran varios países (Sánchez *et al.*, 2020; Chiesa *et al.*, 2021) y otros estudios de caso, como Italia (Nittari *et al.*, 2021) o Líbano (Akel *et al.*, 2021), solo por mencionar algunos.

Aquellos que estamos interesados en la polarización hemos medido el efecto de discursos relativos al covid-19 y la utilización de distintos encuadres mediáticos para evaluar la sensibilidad de los votantes a distintas intervenciones. Por ejemplo, Calvo y Ventura (2021) realizaron un experimento en Brasil durante los primeros meses de la pandemia para analizar cómo la percepción del riesgo varía según la identificación partidaria, cuán sensibles son las y los votantes a los shocks de información y cómo reaccionan al encuadre (*framing*) de los mensajes en las redes sociales. El trabajo muestra que quienes apoyan el gobierno de Bolsonaro perciben menores riesgos a la salud y reportan un mayor apoyo a la respuesta del gobierno ante el covid-19. En Argentina, Aruguete y Calvo (2020), junto con la Universidad de Vanderbilt y el BID, realizaron un experimento con tuits con el objetivo de comprender el modo en que distintos encuadres informativos alteran la propensión a compartir mensajes relativos al covid-19. Señalan que, si bien existen diferencias partidarias en las percepciones de riesgo sanitario (quienes están alineados con el gobierno nacional perciben mayores riesgos sanitarios que aquellos que se identifican con la oposición), las personas prefieren propagar mensajes donde los partidos colaboran entre sí (“cerrar la grieta”) en lugar de mensajes negativos que atacan a los rivales políticos (“en lugar de tomar deuda hubieran invertido en hospitales”). Y esto ocurre independientemente de la identidad política. Asimismo, destacan que los mensajes colaborativos que cuentan con mayor aceptación entre los encuestados logran reducir las diferencias interpartidarias en percepciones de riesgo. En Alemania, asimismo, Jungkunz (2021) realiza un experimento en una encuesta de panel con dos oleadas antes de la pandemia y después. Encuentra que el covid-19 aumentó la polarización entre el partido de la derecha radical AfD y el resto de los partidos del sistema.

El covid-19 como variable dependiente

Otra cantidad importante de investigadores ha tomado al covid ya no como una intervención aleatoria que nos permite medir shocks en nuestras viejas variables dependientes sino como un objeto de estudio con sus propias características. La mayoría de estos trabajos se ha enfocado en variables que son claves para entender el curso de la pandemia, como las diferencias en el acatamiento de políticas públicas tales como el uso de máscaras, el distanciamiento social o la variación en las tasas de vacunación. Estos análisis que se enfocan en el covid-19 como variable dependiente pueden subdividirse entre aquellos que han modelado heterogeneidad en la provisión de política pública (por ejemplo, diferencias en la distribución de recursos

fiscales o en la provisión de máscaras, tests y vacunas) y aquellos que han modelado heterogeneidad desde la demanda (por ejemplo, diferencias en la utilización de recursos fiscales o en el uso de máscaras, test y vacunas).

La cuestión del federalismo y las relaciones intergubernamentales ha aparecido como un tema recurrente en estas investigaciones. Paquet y Schertzer (2020) se han referido a la crisis del covid-19 como un problema intergubernamental complejo en los países federales, porque requiere un sistema de gobernanza multinivel. La naturaleza del problema requiere coordinación y cooperación intergubernamental para lograr políticas de intervención efectivas. Estudios sobre Europa (Hegele y Schnabel, 2021), Estados Unidos (Gordon *et al.*, 2020; Rocco *et al.*, 2020; Christopher *et al.*, 2021) e India (Choutagunta, Manish y Rajagopalan, 2021), solo por mencionar algunos ejemplos, discuten cómo el federalismo fiscal y la autonomía en la toma de decisiones a nivel local puede ayudar o dificultar la respuesta estatal en la pandemia. Bennouna *et al.* (en prensa) señalan, en especial, el color partidario de los gobiernos subnacionales y el balance de poder entre niveles de gobierno en casos como Brasil, Estados Unidos y México.

En sus inicios, por ejemplo, gran parte de los trabajos académicos buscaron explicar diferencias en la implementación de restricciones a la movilidad social entre aquellos estados gobernados por los demócratas o por republicanos, diferencias entre gobiernos que enfatizaron la respuesta sanitaria y aquellos que enfatizaron la respuesta económica (Green *et al.*, 2020; Druckman *et al.*, 2020). El análisis desde la oferta política fue dominante cuando los individuos tenían menos opciones de diferenciarse entre sí; por ejemplo, cuando no existía el acceso a un seguro de desempleo, a máscaras o a vacunas. En un número especial de *Policy and Society*, Capano *et al.* (2020) presentan un volumen que incluye estudios de casos de las medidas adoptadas por: *a*) los primeros países afectados (China e Italia), *b*) aquellos inicialmente considerados muy exitosos para hacer frente a la pandemia (Singapur e Israel), *c*) los que brindaron respuestas menos exitosas (Estados Unidos y Suecia), *d*) y los que demostraron ser razonablemente exitosos para contener o revertir brotes (Canadá, Corea del Sur, Turquía y Hong Kong), a pesar de algunas fallas en áreas clave como la protección de poblaciones vulnerables específicas. Un estudio en once países europeos indica que los gobiernos que sufren bajos niveles de confianza enfrentan mayores problemas para lograr persuadir a los ciudadanos, especialmente hombres, de la eficacia de las medidas de restricción para hacer frente al covid-19 (Georgieva *et al.*, 2021). El análisis desde la demanda política, por otro lado, comenzó a ocupar mayor tiempo de los académicos cuando vemos diferenciación en la preferencia de distintos grupos por usar máscaras, vacunarse o violar las restricciones sanitarias para socializar o trabajar. Por ejemplo, Kerr *et al.* (2021) encuentran que los liberales (en comparación con los conservadores) perciben un mayor riesgo, tienen menos confianza en los políticos para gestionar la pandemia, confían más en

expertos como la Organización Mundial de la Salud (OMS) y son más críticos hacia las respuestas que brinda el gobierno. Asimismo, señalan que los liberales toman más medidas de protección de la salud (por ejemplo, usar tapabocas) que los conservadores. Similares resultados destacan Gadarian *et al.* (2021), para quienes la identificación partidaria o la posición ideológica en el continuo izquierda-derecha explica las diferencias en los comportamientos frente a las medidas de salud de la población norteamericana. Con información de geolocalización de teléfonos celulares, Allcott *et al.* (2020) muestran que en áreas con mayor presencia de votantes republicanos hay menor compromiso con las medidas de distanciamiento social. De forma similar, Ajzenman *et al.* (2020) combinaron información electoral, compras de manera presencial con tarjeta de crédito y datos de más de 60 millones de teléfonos móviles geolocalizados en Brasil. Los autores mostraron que las medidas de distanciamiento social en las localidades con mayor apoyo a Bolsonaro fueron más relajadas en comparación con los lugares donde el apoyo político al presidente era menos fuerte, por ejemplo, reportando un aumento en las transacciones con tarjeta en persona (excluyendo farmacias).

En la actualidad, ambas líneas de trabajo, las que consideran la heterogeneidad en oferta y las que se enfocan en la demanda, ocupan gran parte del tiempo de las agendas de investigación. Conforme la crisis disminuya en intensidad es de esperarse que la mayoría de nosotros nos enfoquemos en los problemas de identificación (covid-19 como “intervención”, en la sección anterior) o en el problema de la demanda (la heterogeneidad en la preferencia de los votantes por vacunarse o financiar los costos económicos y sociales de la crisis). Luego de la pandemia, el énfasis recaerá con mayor fuerza en investigación básica, la cual debe combinar el problema de identificación y el de la demanda.

La incorporación del covid-19 a lo que ya hacíamos: polarización y desinformación

En ciencia política, pocos temas han sido tan centrales como la relación entre el covid-19, la polarización y la desinformación (Hart *et al.*, 2020; Green *et al.*, 2020). Aun cuando este tema parecería ser un problema propiamente ligado a la crisis (por ejemplo, “¿en qué medida afecta la polarización y la desinformación la preferencia por vacunarse?”), podemos realizar el ejercicio mental de pensar la misma crisis en 1978 y darnos cuenta de que la lógica de nuestras investigaciones sería dramáticamente distinta. En efecto, quizás en 1978 nos habríamos preguntado en la mayoría de los países de la región sobre las distintas formas que tienen los gobiernos autoritarios o democráticos para minimizar los costos sanitarios, sociales y económicos de la pandemia. La polarización y la desinformación son, en efecto, el trasfondo político en el cual surgió la crisis y nuestras agendas actuales se concentran en entender cómo este trasfondo político es afectado (Agenda 1) y cómo afecta (Agenda 2) a la evolución del covid-19 como crisis.

Así como al principio de este artículo afirmamos que la crisis desatada por el covid-19 potenciaba muchos cambios profesionales que ya estaban teniendo lugar, modelando el efecto de la pandemia sobre nuestro trabajo profesional como un problema de intervención (Agenda 1), podemos ver que lo mismo ocurre con los principales temas que investigamos a partir de la crisis. Nuestros intereses de investigación utilizan al covid-19 como una intervención que nos permite entender mejor aquello que ya nos interesaba antes de la crisis. No es casual, por lo tanto, que las principales agendas relativas a la pandemia tengan una notable continuidad con aquellas que la precedieron.

En este campo, sin embargo, hay mucho que hemos aprendido y de forma creativa. La mayoría de los trabajos publicados en las revistas científicas de primera fila, como *Nature* o *Science* (Green *et al.*, 2020; Clinton *et al.*, 2021), se han enfocado en estas agendas que ya eran prioritarias para nuestra disciplina. Investigadores en las ciencias físicas, biología, epidemiología y el universo de las otras disciplinas entendieron la relevancia que, en este contexto, tenían muchas agendas que ya eran centrales en nuestro campo. Estas agendas han buscado durante casi una década explicar por qué la gente acepta y comunica información que es claramente falsa, por qué está dispuesta a aceptar riesgos sanitarios excesivos para satisfacer su identidad partidaria o en qué medida está dispuesta a aceptar resultados electorales que afectan su salud y trabajo con el objetivo de validar sus creencias y afectos políticos.

Aquello que posiblemente tenga más legado académico y que surge del nuevo universo de publicaciones relativas al covid-19, extrañamente, precedió al covid-19 e interpretó esta crisis de magnitudes mundiales como un shock que podía ser utilizado para entender problemas fundamentales de la ciencia política, o por lo menos problemas respecto de cuya importancia teórica existe hoy consenso.


A MODO DE CONCLUSIÓN

Como debe ser evidente a esta altura, las páginas anteriores son más una discusión sobre nuestro ejercicio profesional y nuestra capacidad de avanzar agendas de investigación en la actual crisis antes que un resumen de todo aquello que ha sido publicado en este periodo. Nuestra clasificación es claramente arbitraria, describiendo al covid-19 como una crisis mundial que también agudizó desigualdades preexistentes en nuestras disciplinas, como una oportunidad para mejorar la identificación estadística de las teorías que ya estudiábamos antes de la crisis y, finalmente, como un shock que produjo un número de agendas con el covid-19 como variable dependiente que, a nuestro juicio, tendrán amplificación durante la crisis pero posiblemente un menor legado en el mediano y largo plazo.

La crisis del covid-19 enfocó todos los instrumentos de todas las disciplinas sobre un mismo objeto, creando una masa de datos y permitiendo resolver una cantidad de problemas teóricos pendientes que son asombrosos. En este artículo

notamos que existe un desfase enorme entre los datos que están siendo compilados y la formación de recursos humanos que se necesitan para tomar ventaja de estos datos. Por presión evolutiva, la disciplina cada vez premia más a los investigadores por producir y publicar más rápido y en lugares de mayor impacto, lo cual aumenta los incentivos para la colaboración disciplinaria, la división del trabajo, así como las desigualdades entre todos nosotros.

Las desigualdades que se han hecho evidentes durante la crisis no se resuelven melancólicamente eliminando recursos y buscando validar de manera simbólica lo que son costos reputacionales y de financiamiento que están a la vista de todos. La solución es invertir más para formar recursos humanos, incentivar mayor diálogo sobre profesionalización con nuestros graduados y asegurar que la formación de grado y posgrado incorpore algunas de las prácticas que hoy son claves para el éxito profesional: colaboración, capitalización técnica (*skills*), formación orientada a la identificación de problemas básicos en ciencia política y sistemas de *mentoring* diversos y menos jerárquicos.

En algún momento la crisis del covid-19 habrá concluido y la pregunta más importante será sobre lo que aprendimos de esta crisis. Qué es lo que aprendimos para evitar la pérdida de vidas y para minimizar el sufrimiento de nuestros pares, por un lado, y qué es lo que aprendimos para capitalizarnos a fin de dar respuestas más sólidas y mejorar la capacidad profesional de nuestros colegas. Nunca una crisis pidió respuestas tan claramente desde nuestro campo, la ciencia política, y nunca fue tan evidente que nuestros colegas pueden dar respuestas que son importantes en el actual contexto. Después de la crisis llegará el momento de pensar con detenimiento dónde fallamos y en qué debemos invertir para prepararnos para el futuro. 

REFERENCIAS

- Akel, M., J. Berro, C. Rahme, C. Haddad, S. Obeid y S. Hallit (2021), “Violence Against Women During COVID-19 Pandemic”, *Journal of Interpersonal Violence*, DOI: 10.1177/0886260521997953.
- Ajzenman, N., T. Cavalcanti y D. Da Mata (2020), “More Than Words: Leaders’ Speech and Risky Behavior during a Pandemic”, Cambridge Working Papers in Economics 2034.
- Alcañiz, I. (2016), *Environmental and Nuclear Networks in the Global South: How Skills Shape International Cooperation*, vol. 40, Cambridge, Cambridge University Press.
- Allcott, H., L. Boxell, J. Conway, M. Gentzkow, M. Thaler y D. Yang (2020), “Polarization and Public Health: Partisan Differences in Social Distancing During the Coronavirus Pandemic”, *Journal of Public Economic*, 191, DOI: <https://doi.org/10.1016/j.jpubeco.2020.104254>.
- Aruguete, N. y E. Calvo (2020), “Coronavirus en Argentina: Polarización partidaria, encadres mediáticos y temor al riesgo”, *Revista SAAP*, 14(2), 281-310.
- Bennouna, C., A. Giraudy, E. Moncada, E. Ríos, R. Snyder y P. Testa (en prensa), “Policy Coordination in Presidential Federations during the Pandemic: Explaining Subnational Responses to COVID-19 in Brazil, Mexico and the United States”.

- Bol, D., M. Giani, A. Blais y P. Loewen (2021), “The Effect of COVID-19 Lockdowns on Political Support: Some Good News to Democracy”, *European Journal of Political Research*, 60(2), pp. 497-505.
- Calvo, E. y T. Ventura (2021), “Will I get COVID-19? Partisanship, Social Media Frames, and Perceptions of Health Risk in Brazil”, *Latin American Politics and Society*, 63(1), pp. 1-26.
- Capano, G., M. Howlett, D. Jarvis, M. Ramesh y N. Goyal (2020), “Mobilizing Policy (In) Capacity to Fight COVID-19: Understanding Variations in State Responses”, *Policy and Society*, 39(3), pp. 285-308.
- Chiesa, V., G. Antony, M. Wismar y B. Rechel (2021), “COVID-19 Pandemic: Health Impact of Staying at Home, Social Distancing and ‘Lockdown’ Measures—A Systematic Review of Systematic Reviews”, *Journal of Public Health*, DOI: <https://doi.org/10.1093/pubmed/fdab102>.
- Chirwa, G.C., B. Dulani, L. Sithole, J. Chunga, W. Alfonso y J. Tengatenga (2021), “Malawi at the Crossroads: Does the Fear of Contracting COVID-19 Affect the Propensity to Vote?”, *The European Journal of Development Research*, DOI: <https://doi.org/10.1057/s41287-020-00353-1>.
- Choutagunta, A., G. Manish y S. Rajagopalan (2021), “Battling COVID-19 with Dysfunctional Federalism: Lessons from India”, *Southern Economic Journal*, 87(4), pp. 1267-1299.
- Christopher, A., K. Amano, B. Bang-Jensen, N. Fullmand y J. Wilkerson (2021), “Pandemic Politics: Timing State-Level Social Distancing Responses to COVID-19”, *Journal of Health Polit Policy Law*, 46(2), pp. 211-233.
- Clinton, J., J. Cohen, J. Lapinski y M. Trussler (2021), “Partisan Pandemic: How Partisanship and Public Health Concerns Affect Individuals’ Social Mobility During COVID-19”, *Science Advances*, 7(2), DOI: [10.1126/sciadv.abd7204](https://doi.org/10.1126/sciadv.abd7204).
- Druckman, J.N., S. Klar, Y. Krupnikov, M. Levendusky y J.B. Ryan (2020), “How Affective Polarization Shapes Americans’ Political Beliefs: A Study of Response to the COVID-19 Pandemic”, *Journal of Experimental Political Science*, pp. 1-12, DOI: [10.1017/XPS.2020.28](https://doi.org/10.1017/XPS.2020.28).
- Fernandez-Navia, T., E. Polo-Muro y D. Tercero-Lucas (2021), “Too Afraid to Vote? The Effects of COVID-19 on Voting Behavior”, *European Journal of Political Economy*, DOI: [10.1016/j.ejpoleco.2021.102012](https://doi.org/10.1016/j.ejpoleco.2021.102012).
- Gadarian S., S. Goodman y T. Pepinsky (2021), “Partisanship, Health Behavior, and Policy Attitudes in the Early Stages of the COVID-19 Pandemic”, *PLOS ONE*, 16(4), e0249596, DOI: <https://doi.org/10.1371/journal.pone.0249596>.
- Georgieva, I., T. Lantta, J. Lickiewicz, J. Pekara, S. Wikman, M. Loseviča, B.N. Raveesh, A. Mihai y P. Lepping (2021), “Perceived Effectiveness, Restrictiveness, and Compliance with Containment Measures against the Covid-19 Pandemic: An International Comparative Study in 11 Countries”, *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(7), 3806, DOI: <https://doi.org/10.3390/ijerph18073806>.
- Gordon, S.H., N. Huberfeld y D.K. Jones (2020), “What Federalism Means for the US Response to Coronavirus Disease 2019”, *JAMA Health Forum*, 1(5): e200510, DOI: [10.1001/jamahealthforum.2020.0510](https://doi.org/10.1001/jamahealthforum.2020.0510).
- Green, J., J. Edgerton, D. Naftel, K. Shoub y S.J. Cranmer (2020), “Elusive Consensus: Polarization in Elite Communication on the COVID-19 Pandemic”, *Science Advances*, 6(28), eabc2717.

- Groeniger, J., K. Noordzij, J. van der Waal y W. Koster (2021), “Dutch COVID-19 Lock-down Measures Increased Trust in Government and Trust in Science: A Difference-in-differences Analysis”, *Social Science & Medicine*, 275: 113819, DOI: 10.1016/j.socscimed.2021.113819.
- Hart, P.S., S. Chinn y S. Soroka (2020), “Politicization and Polarization in COVID-19 News Coverage”, *Science Communication*, 42(5), pp. 679-697.
- Hegele, Y. y J. Schnabel (2021), “Federalism and the Management of the COVID-19 Crisis: Centralisation, Decentralisation and (Non-)coordination”, *West European Politics*, DOI: 10.1080/01402382.2021.1873529.
- Henriksen, D. (2018), “What Factors are Associated with Increasing Co-authorship in the Social Sciences? A Case Study of Danish Economics and Political Science”, *Scientometrics*, 114(3), pp. 1395-1421.
- Iyengar, S. y D.R. Kinder (2010), *News that Matters: Television and American Opinion*, Chicago, University of Chicago Press.
- Jungkunz, S. (2021), “Political Polarization During the COVID-19 Pandemic”, *Frontiers in Political Science*, 3, DOI: <https://doi.org/10.3389/fpos.2021.622512>.
- Kerr, J., C. Panagopoulos y S. Linden (2021), “Political Polarization on COVID-19 Pandemic Response in the United States”, *Personality and Individual Differences*, 179, DOI: <https://doi.org/10.1016/j.paid.2021.110892>.
- Kahneman, D. (2011), *Thinking, Fast and Slow*, Nueva York, Farrar, Straus and Giroux.
- Kahneman, D. (2013), *Pensar rápido, pensar despacio*, Ciudad de México: Debate.
- McDermott, R. y P.K. Hatemi (2010), “Emerging Models of Collaboration in Political Science: Changes, Benefits, and Challenges”, *ps: Political Science and Politics*, 43(1), pp. 49-58.
- Nittari, G., G. Gamo Sagaro, A. Feola, M. Scipioni, G. Ricci y A. Sirignano (2021), “First Surveillance of Violence against Women during COVID-19 Lockdown: Experience from ‘Niguarda’ Hospital in Milan, Italy”, *International Journal of Environmental Research and Public Health*, 18(7): 3801, DOI: <https://doi.org/10.3390/ijerph18073801>.
- Paquet, M. y R. Schertzer (2020), “COVID-19 as a Complex Intergovernmental Problem”, *Canadian Journal of Political Science*, 53(2), pp. 343-347.
- Petrocik, J.R. (1996), “Issue Ownership in Presidential Elections, with a 1980 Case Study”, *American Journal of Political Science*, 40(3), pp. 825-850.
- Rocco, P., D. Béland y A. Waddan (2020), “Stuck in Neutral? Federalism, Policy Instruments, and Counter-cyclical Responses to COVID-19 in the United States”, *Policy and Society*, 39(3), pp. 458-477.
- Sánchez, O., D. Vale, L. Rodrigues y F. Surita (2020), “Violence against Women During the COVID-19 Pandemic: An Integrative Review”, *Gynecology & Obstetrics*, 151(2), pp. 180-187.
- Teele, D.L. y K. Thelen (2017), “Gender in the Journals: Publication Patterns in Political Science”, *ps: Political Science & Politics*, 50(2), pp. 433-447.
- Testa, P., R. Snyder, E. Ríos, E. Moncada, A. Giraudy y C. Bennouna (2021), “Who Stays at Home? The Politics of Social Distancing in Brazil, Mexico and United States During the COVID-19 Pandemic”, *Journal of Health Politics, Policy and Law*, DOI: 10.1215/03616878-9349100.